

El problema de Zapallo



Ese día, Zanahoria, Papa y Rábano querían jugar a la escondida.

“Invitemos a Zapallo”, dijo Zanahoria.

“Bueno”, dijeron los otros, “vamos a buscarlo”.

Cuando lo invitaron Zapallo se puso triste.

Sabia que era demasiado grande para esconderse.

Pero decidió intentarlo.

Papa podía esconderse dentro de la tierra.
Zanahoria era delgada y podía esconderse detrás de un árbol. Zapallo no encontraba ningún escondite. “¡Te vi!”, dijo Zanahoria mientras salía corriendo y pillaba a Zapallo.
“Odio este juego”, dijo Zapallo. “No juego más”.
“¡Pues que te vaya bien!”, dijo Rábano.

Zapallo se alejó, sintiéndose muy desgraciado, pensando que todo el grupo se reía de él. Estaba tan triste que decidió adelgazar, así podría jugar a la escondida.

El primer día dejó de comer, pero le dio hambre, mucha hambre, y ni siquiera adelgazó un poco.



Al día siguiente, Zapallo decidió hacer gimnasia. Se agachó y se levantó cien veces y corrió por toda la huerta, pero cuando se miró en el espejo, seguía igual de gordo.
“Me siento bien y puedo hacer ejercicios”, pensó, “pero sigo siendo gordo”.
Más tarde, Zapallo incluso se puso un cinturón para parecer más esbelto, pero le dio un mareo y sus amigos se rieron todavía más.

“No vale la pena”, se dijo. “Me iré a un lugar donde nadie me pueda ver más”. Tomó su maleta y se fue. “No puedo evitar ser gordo”, se decía, cuando oyó una voz.

Era Espárrago, un amigo de la huerta vecina. Zapallo le contó su historia. “¡Qué raro!”, dijo Espárrago. “La gente se ríe de mí porque soy alto y flaco”.

“¿Cómo?”, dijo Zapallo. “Estás muy bien así delgado”.

Espárrago sonrió: “Y tu estás muy bien así gordo”. Se pusieron a reír. “¡Qué tontos!. Tú eres gordo y yo soy flaco, somos diferentes, eso es todo. De ahora en adelante, si se ríen de nosotros no les haremos caso”, dijo Espárrago. “Vamos a mi huerta”, dijo Zapallo.

Al verlos acercarse Rábano empezó a molestarlos.

Zapallo respondió:

“Si tuviera una narizota como la tuya, no me atrevería a reírme de nadie”.

Todo el grupo se rió, menos Espárrago.

“Eso no está bien, Zapallo. No te rías de él ahora”, dijo Espárrago. “Tienes razón”, dijo Zapallo.

“Perdóname Rábano. No debía haberte dicho eso”.

